

indios» (1). Que los Peregrinos ó Puritanos iban resueltos á establecerse, sin cuidarse del derecho que los naturales del país podían tener á la tierra que ellos anhelaban, se ve en el documento que muestra la manera con que se establecieron. En él expresan, «que por la gloria de Dios, la propagacion de la idea cristiana y la honra de la patria, habian emprendido establecer la primera colonia sobre aquellas apartadas riberas, conviniendo, por consentimiento mútuo y solemne de todos los presentes, y delante de Dios, de formar un cuerpo de sociedad política, con el fin de gobernar y de trabajar en el logro de sus deseos; y en virtud de este contrato», añadian, «convenimos en promulgar las leyes, actos, ordenanzas, y de instituir, segun las necesidades, magistrados, á los cuales prometemos sumision y obediencia». No era aquella una expedicion enviada por el gobierno inglés, sino una reunion de familias particulares que habiendo salido de su patria, como he dicho, huyendo de las persecuciones religiosas que agitaron á la Inglaterra desde que abrazó el protestantismo, buscaba un punto donde ejercer libremente sus creencias. Los Puritanos, pues, habian ido dispuestos, no á comprar tierras, porque ni tenian riquezas para hacerlo, ni era conocido el valor de la moneda entre las tribus salvajes de la América del Norte, sino á tomar posesion del sitio que eligieran en aquella parte de la América. Los colonos ingleses creían, pues era entonces opinion general de todos los países del viejo continente, «que las tierras del Nuevo Mundo per-

(1) Robertson, *Historia de la América*, t. IV, pág. 287.

tenecian á la nacion europea que hubiese sido la primera en descubrirlas» (1).

En virtud de esta creencia, los colonos ingleses, por concesiones hechas por la corona de Inglaterra á diversas compañías, se hicieron dueños de casi todo el litoral de la América del Norte, que vino de esta manera á ser una posesion inglesa hácia la terminacion del siglo XVII. La razon de la fuerza fué, pues, la primera que los Peregrinos ó Puritanos pusieron en planta para entrar en posesion de terrenos á que se creían con derecho para ahuyentar de ellos á los indios, á quienes continuaron, lo mismo que sus sucesores, despojándoles de sus terrenos y destruyendo su raza; destruccion y despojos sufridos por los desgraciados indios que tenian que ir abandonando sus hogares á medida que los colonos europeos iban extendiendo su poder. Cierto es que algunas veces cedian sus terrenos en virtud de tratados y recibiendo una compensacion por sus tierras, como sucedió mas tarde con Guillermo Penn; pero ni el mezquino precio que daban por la prenda que codiciaban equivalía al valor de lo adquirido, ni los indios se resignaban al sacrificio, sino porque sabian muy bien que, de no acceder á la venta, lo perderian por la fuerza superior de sus contrarios. «Los que arribaron de la Europa civilizada», dice el escritor norte-americano Spencer, en su *Historia de los Estados Unidos*, «encontraron el continente americano poblado por tribus incultas, sin literatura, habitacion fija ni cosa alguna que pudiera atraerles la consi-

(1) Tocqueville, *De la Democracia en América*, t. I, página 55.

deracion y respeto de los europeos. Miraban éstos á los indios como á meros salvajes que no tenian ningun título á la posesion del país en que se hallaban establecidos; imponian á los infelices naturales todas las vejaciones que su capricho, crueldad, lujuria ó avaricia les dictaban, y donde esto no sucedia, no era precisamente porque reconocieran en los indios derecho á un tratamiento mas humano, sino porque habia personas de noble corazon que se complacian en portarse con ellos justa y benignamente». El historiador mencionado continúa diciendo que todas las naciones se creian autorizadas para posesionarse de la parte que sus súbditos descubrian, y termina manifestando que «aun recientemente el tribunal Supremo de los Estados Unidos (1810), emitiendo su dictámen por medio del *Mariscal*, juez superior, ha sostenido que el derecho de los indios á las posesiones que ocupan no tiene el carácter de validez que se oponga al dominio directo y dispositivo de la tierra, si ésta conviene al Estado» (1). Si esta era la opinion de los descendientes de los ingleses en 1810 respecto de los indios, cuya raza se han propuesto exterminar siguiendo el sistema empezado por sus progenitores, no es preciso que el lector haga mucho esfuerzo para comprender cuál seria la que abrigaban algunos siglos antes los primeros colonos. La compra de ciertos terrenos hecha algunas veces en los primeros tiempos, no pudo hacerse con dinero, puesto que los indios desconocian el uso y el valor de la moneda; luego esos terrenos fueron adquiri-

(1) Véanse los *Informes* de Cranch, t. VI, pág. 142.

dos á cambio de bebidas espirituosas, terribles para la salud de los indios, de algunos objetos de poco valor y deslumbrantes, y mas tarde con unas cuantas monedas, telas de vivos colores y armas para hacer la guerra á otras tribus enemigas. Este, con efecto, fué algunas veces el sistema seguido por los Puritanos ingleses para adquirir «á poco precio» inestimables territorios, y el mismo observaron las colonias holandesas. Por veinticuatro duros compró la compañía holandesa á los indios la isla de Manhatlan, y por precio semejante adquirió la de Staten, en la costa del Estado de Nueva-York (1). Pero cada miembro de esa compañía que pudiese establecer en el territorio de Nueva Holanda, en los cuatro años despues de haber participado su intento, una colonia de cincuenta personas de mas de quince años de edad, tenia el derecho, bajo el nombre de *Patrono*, á una concesion del terreno así ocupado, en la extension de diez y seis millas, en las playas del mar ó á orillas de un rio navegable, y solamente á ocho millas por una y otra parte cuando se estableciesen en ambas márgenes del rio, con una extension indefinida tierra adentro (2). «El objeto principal de estos *patronos*», dice Spencer en su obra *Historia de los Estados Unidos*, «era el de acabar con el nombre indio.» El mismo escritor dice, hablando de los convenios que los colonos ingleses hacian para apoderarse de la tierra que codiciaban, que «no se guardaba bastante con-

(1) «Compróse la isla de Manhatlan á los indios por sesenta *gilders* (unos 24 pesos fuertes). Igualmente adquirióse la isla de Staten.» *Historia de los Estados Unidos*, por Spencer.

(2) Plan de colonizacion adoptado por los Estados generales, redactado y propuesto por la Asamblea de los Diez y nueve.

sideracion con los derechos de los indios, haciéndoles, por lo regular, muy poca justicia». Pero no solo no se les hacia justicia, sino que «el objeto principal de acabar con el nombre indio», lo vieron cumplido, puesto que no quedan, de los muchos millones de aborígenes que poblaban aquella parte de la América, mas que algunas tribus errantes que vagan miserables por los desiertos del Oeste. Los indios veian con indignacion apoderarse á los ingleses de sus mas deliciosas tierras, y cuando ejercian sobre éstos algun acto de venganza, la muerte, el incendio y la esclavitud les esperaba por castigo. Presentaré algunos hechos, entre los muchos que podria referir, que bastarán á dar á conocer la manera terrible con que hacian la guerra los colonizadores á las tribus indias, ya notoriamente mermadas, pues apenas podian presentar en campaña algunos centenares de guerreros, que rara vez llegaban al número de mil. Cuando las tribus indias de la Virginia, por plan formado por su jefe principal Opecanough, en 1619, cayeron de repente y en determinado dia sobre los colonos ingleses esparcidos en la provincia, matando casi una cuarta parte de sus dominadores huéspedes, la venganza que proyectaron y llevaron á cabo los que lograron salvarse refugiándose en Jamestown, fué sangrienta. Reunidos en los estrechos límites á que se habian retirado, todos los colonos tomaron las armas, y se empezó una sangrienta guerra contra los que sin duda «no habian dado de buen grado» la tierra en que habian nacido. Los colonos ingleses que, segun el odio que les profesaban las tribus indias, no de-

Persecucion de los colonos ingleses á los indios, y matanza en éstos.

referir, que bastarán á dar á conocer la manera terrible con que hacian la guerra los colonizadores á las tribus indias, ya notoriamente mermadas, pues apenas podian presentar en campaña algunos centenares de guerreros, que rara vez llegaban al número de mil. Cuando las tribus indias de la Virginia, por plan formado por su jefe principal Opecanough, en 1619, cayeron de repente y en determinado dia sobre los colonos ingleses esparcidos en la provincia, matando casi una cuarta parte de sus dominadores huéspedes, la venganza que proyectaron y llevaron á cabo los que lograron salvarse refugiándose en Jamestown, fué sangrienta. Reunidos en los estrechos límites á que se habian retirado, todos los colonos tomaron las armas, y se empezó una sangrienta guerra contra los que sin duda «no habian dado de buen grado» la tierra en que habian nacido. Los colonos ingleses que, segun el odio que les profesaban las tribus indias, no de-

bieron haber «celebrado con estos tratados de amistad comprándoles sin engaño las tierras que necesitaban para establecerse», se ocuparon menos en proyectos de industria que de sangre; «y determinados á extinguir la raza india», dice Robertson, «juraron no perdonar á nadie (1).» Para alcanzar su objeto pusieron en juego toda su actividad, «y olvidando», añade el mismo historiador arriba nombrado, «los principios de la buena fé, del honor y de la humanidad, los ingleses miraron como legítimo todo lo que contribuia á saciar su venganza. Persiguieron á los indios del mismo modo que se persigue la caza de los bosques; y como esta persecucion era peligrosa y difícil en las espesuras de que el país estaba cubierto, y á donde se refugiaban los enemigos, procuraron sacarlos de sus fortificaciones mediante fingidos ofrecimientos de paz, y promesas de olvido y de perdon hechas con tal apariencia de sinceridad, que engañaron aun al artificioso Opecanough, y les indujeron á volver á sus antiguas habitaciones». Los indios, confiando en la buena fé de los colonos ingleses, vivian pacíficamente sin temer la menor traicion, «entretanto que los ingleses, por medio de un pérfido artificio, se preparaban á imitar á los salvajes en su venganza y en su crueldad (2). Al aproximarse la cosecha, tiempo en que el ataque era mas temible y mas fatal para los salvajes, los ingleses cayeron repentinamente sobre las poblaciones de los indios, mataron atrocemente cuantos pudieron haber á las manos y acosaron á

(1) Robertson, *Historia de la América*, t. IV, pág. 240.

(2) Idem, *idem*, t. IV, pág. 241.

los restantes en los bosques, en donde pereció de hambre un número tan crecido, que algunas de las tribus mas inmediatas á los establecimientos ingleses se extinguieron completamente».

Los colonos ingleses vendian como esclavos á los prisioneros indios. No fueron tratados con mas consideracion, en 1713, los indios Tuscaroras, por las milicias inglesas, procedentes de la Carolina del Sur. Derrotados los primeros, huyeron á los bosques y las montañas, cayendo ochocientos de ellos prisioneros de sus contrarios: los colonos ingleses, contentos con la presa, los vendieron como esclavos (1). El resto de la tribu huyó hácia el Norte y fué á engrosar la confederacion de las cinco naciones. Así, mas de dos siglos despues que los monarcas españoles mandaron que á ningun indio se hiciese esclavo, aun cuando se rebelase y se le cogiese con las armas en la mano en accion de guerra, los ingleses los vendian á centenares, contrastando su conducta con la noble y filantrópica de los reyes de Castilla.

Suerte igual á la de la nacion india de los Tuscaroras les tocó algun tiempo antes á los indios *pecuods*, que era una de las tribus principales de las cercanías de Narragansett. Enfurecidos por los actos de los ingleses, se vengaron durante el invierno de 1636 matando á treinta colonos. Los ingleses se dirigieron á la poblacion india en que se hallaba el jefe de la tribu con sus guerreros. La accion fué reñida, y el capitan que iba al frente de los colonos, «recurrió en aquel crítico momento de la pelea»,

(1) Spencer, *Historia de los Estados Unidos*.

dice el escritor Trumbull (1), «á un expediente que tuvo el mejor resultado. Tomando una tea y dirigiéndose á sus soldados, gritó: «vamos á quemarlos». Acto continuo entró en un *wigwam*, y aplicó su tea á las esteras que les servian de cobertizo. Prendió el fuego instantáneamente con tal violencia, que todas las chozas de los indios se vieron envueltas en una sola llamarada. Grande fué entonces la sorpresa de los salvajes, y precisados por las llamas á salir de sus guaridas á campo raso, sirvieron de blanco á los soldados ingleses. Algunos que quisieron saltar la empalizada fueron derribados por las balas de los mosquetes. Otros, saliendo desesperados de sus chozas incendiadas, fueron heridos ó hechos trizas con la espada. Tal fué el terror que se apoderó de ellos, que hubieran preferido volver la espalda á sus enemigos y arrojar en medio del fuego. La extension y violencia del incendio; la llamarada y el estruendo de la mosquetería; los gritos y los alaridos de los hombres, mujeres y niños encerrados en el fuerte, y el clamoreo de los indios auxiliares, formaban un espectáculo imponente, aterrador. En poco mas de una hora se consumió esta obra de destruccion: quemáronse sesenta *wigwams*, y perecieron quinientos ó seiscientos indios, bien por la espada, ora devorados por las llamas. Así, pues, padres é hijos, el *sannap* y el *squau*, el anciano y el niño, todos ellos perecieron en la misma ruina».

No bien terminada «esa desapiadada matanza» (2), los

(1) *Historia del Connecticut*, t. I, pág. 84.

(2) Así la califica el escritor norte-americano Spencer, en su obra *Historia de los Estados Unidos*.

ingleses vieron que se acercaba aceleradamente otro cuerpo de *pecuods* de las aldeas vecinas. «Llenos éstos de ira al ver sus chozas abrasadas por el incendio y sus compañeros degollados (1), abalanzáronse furiosos á los blancos, pero todo fué inútil: las destructoras armas de fuego los contuvieron en el acto. Empezada así esta obra de exterminio por la milicia del Connecticut, fué llevada á su completa conclusion durante el verano» (1637) «por las mismas tropas, en union de las fuerzas de Massachusetts. Los *pecuods* fueron desalojados de sus madrigueras y lanzados á los pantanos; sus fuertes quedaron arrasados, sus guerreros muertos y sus mujeres y niños se distribuyeron como esclavos entre los colonos. Por último, los jóvenes adultos prisioneros fueron tambien vendidos como esclavos en las Indias Occidentales. A los pocos que escaparon y se diseminaron entre los Narragansetts y los Mohegans, les prohibieron que en lo sucesivo llevasen el nombre de los de su nacion. Los colonos consideraron el buen éxito de esta guerra de destruccion, que llamaron de los *sanguinarios paganos*, como una prueba evidente de la divina aprobacion, y con característico orgullo citaban ó transcribian numerosos pasajes del Antiguo Testamento para justificar cuanto habian hecho.» Esto prueba que los protestantes no eran mas despreocupados que los hombres que profesaban otras religiones, y que juzgaban justificados sus actos contra los paganos. «Empero con razon pudiéramos repetir aquí», dice el historiador norteamericano Spencer, «el deseo manifestado en otra oca-

(1) Spencer, *Historia de los Estados Unidos*.

sion por el piadoso Robinson: *Hubiérais hecho mejor en convertir á la fé cristiana á algunos de ellos, antes que matar á uno solo.*» Palabras que están demostrando que los colonos ingleses no se ocuparon en apartar de la idolatría á los desgraciados indios, que fué el primer paso dado por los españoles, con que evitaron los sacrificios humanos y endulzar sus costumbres, sino que creyeron mas sencillo á sus intereses exterminarlos. Antes de la llegada de los colonos ingleses, «los hombres que habitaban la América del Norte», dice el escritor Tocqueville, «vivian tranquilos en los bosques. Entregados á las vicisitudes ordinarias de la vida salvaje, ostentaban los vicios y las virtudes de los pueblos bárbaros. Los europeos, despues de haber dispersado las tribus indias en los lejanos desiertos, les condenaron á una vida errante y vagabunda llena de indescriptibles miserias» (1). Nadie se ocupó de instruir á los indios sino de exterminarlos; nadie legisló para ellos, ni nadie pensó mas que en apoderarse de los sitios que ocupaban, á medida que la poblacion blanca se iba aproximando á ellos.

El mismo sistema que los colonos ingleses han seguido sus descendientes los norte-americanos. No teniendo en sus venas sangre ninguna india, sino siendo, por decirlo así, los ingleses de la América, no ven en los indios sino unos seres inferiores á ellos, desprovistos de todo derecho á las consideraciones de los pueblos civilizados. Ya he dicho que el tribunal supremo de los Estados Unidos, en 1810, emitiendo su dictámen por medio del *Mariscal*,

(1) Tocqueville, *De la Democracia en América*, t. I, pág. 264.

juez superior, sostuvo que los territorios ocupados por los indios no tenían carácter de validez que pudiera oponerse al dominio directo de sus tierras, si éstas convenían al Estado. En consecuencia, el despojo respecto de los que pertenecen á la raza aborígene está justificado. Para salvar, sin embargo, las apariencias y darle un colorido de legalidad al despojo, han adoptado el sistema de compras que practicaron algunos de los primeros colonos, y que, como hemos visto, no era mas que un sarcasmo al buen sentido. «Cuando la poblacion blanca», dice Tocqueville, «empieza á aproximarse al desierto ocupado por una nacion salvaje, el gobierno de los Estados Unidos envia comunmente á esta última una embajada solemne: los blancos reúnen á los indios en una extensa llanura, y despues de haber comido y bebido con ellos, les dicen: ¿Qué haceis en el país de vuestros padres? Pronto tendreis que desenterrar sus huesos para vivir aquí. ¿En qué vale mas esta comarca que habitais á otra cualquiera? ¿Solo hay bosques, pantanos y praderas donde estais, ni sabriais vivir mas que bajo el sol en que habeis nacido? Al otro lado de estas montañas que estais mirando en el horizonte, mas allá de ese lago que forma el término de vuestro territorio al Oeste, se encuentran extensas comarcas, donde las bestias salvajes se crían en abundancia: vendednos vuestras tierras y marchad á vivir dichosos en los países que os indicamos. «Despues de este discurso», añade el varias veces mencionado Tocqueville, «se despliega ante la vista de los indios, armas de fuego, ropajes de lana, barriles de aguardiente, collares de vidrio, brazaletes de estaño, vistosos pendientes y espejos. A la vista

de estos variados objetos, los indios vacilan, se les insinúa que no debieran rehusar el consentimiento que se les pide, y que bien pronto el Gobierno será impotente para garantizarles el goce de sus derechos. ¿Qué hacer? Medio convencidos, medio obligados, los indios se alejan: van á habitar nuevos desiertos donde los blancos no los dejarán vivir en paz. Así es como los norte-americanos adquieren á vil precio provincias enteras».

¡Y á esto se da por los filósofos el título de legalidad! No puedo imaginarme que su filosofía esté de acuerdo con el recto criterio de los hombres que abrigan verdaderos sentimientos de humanidad. «Nadie puede formarse idea», dice el escritor referido, «de los espantosos males que acompañan á estas emigraciones forzadas. En el momento en que los indios han dejado el suelo en que vivieron sus padres, quedan agobiados y reducidos. El sitio á donde van á fijar su residencia está ocupado por otros pueblos indios que no pueden ver sino con disgusto á los que llegan nuevamente. Detrás de ellos está el hambre, delante la guerra, por todas partes la miseria. Con el fin de escapar de tantos enemigos, se dividen: cada uno de ellos busca la manera de aislarse para encontrar furtivamente los medios de sostener su existencia, y vive en la inmensidad de los desiertos como el proscrito en el seno de las sociedades civilizadas. El lazo social, despues de haberse debilitado por largo tiempo, se rompe entonces. No hay ya para ellos allí patria; muy pronto no habrá pueblo; acaso no quedará familia; el nombre comun se pierde, la lengua se olvida, las señales del origen desaparecen, la nacion india ha cesado de existir. Apenas vive en el re-